

casco, y estaba de manera, que más parecía muerto que vivo. A esto se le juntaban unos dolores tan grandes en ella que de día y de noche no hacía sino quejarse. Pusiéronle un pañito del óleo que sale del brazo de la Santa sobre el casco, y luego le saltó de la cabeza un pedazo de casco, como una mano; y con eso se le quitaron los dolores y comenzó a estar bueno. Mas bajósele después a los brazos aquel humor pestilencial de la cabeza y también en ellos le causaba dolor, de lo cual todo sanó y estuvo bueno fregándolos con la misma reliquia.

A D. Alvaro de Bazán quebraron desgraciadamente la cabeza en esta ciudad de Salamanca, de manera que los médicos dudaban de su vida. Encomendóle a nuestra Santa D.^a Isabel de Benavides, madre suya, prometiendo iría su hijo a visitar su santo sepulcro, y desde aquel punto mejoró, de manera que es milagro muy asentado en esta ciudad.

Locos.—No sé yo qué cabeza puede haber más mala que la de un loco; y esos males ha sanado nuestra Santa divinamente. En la ciudad de Toro había un barbero llamado Francisco Malduerme, el cual de una comedia que vió, salió tan loco y sin juicio, que eran menester prisiones para tenerle. Llamáronle un confesor religioso Descalzo Carmelita, y entrando a confesarle, hallóle desnudo haciendo visajes y gestos como loco. Echó de ver el Padre no estaba capaz de confesarse, y así sólo le tuvo miedo y compasión. Llevaba consigo un pañuelo de lienzo de la Santa, y rompiendo de él una venda, cosióla a un tocador, e hizo que al enfermo se la pusiesen. Hízose así, y al cabo de un rato que estuvieron con él, y él con la

reliquia, de sus buenas razones y respuestas se echó de ver estar en su juicio. Confesóse y volviéndole otro día a visitar, le halló muy bueno y sano y nunca más le vino aquel trabajo.

Una vecina suya, sabiendo la maravilla y teniendo otra enfermedad de cabeza también, le pidió la misma venda. Púsosela y quedó con entera salud.

En el Convento de Descalzas Carmelitas de Segovia estuvo Beatriz del Sacramento, con un tan gran frenesí, efecto de una grave enfermedad, que a todos espantaba. Habiendo algunos días que estaba con él, y no aprovechándola remedio alguno, pusiéronla un escapulario que había sido de la Santa, y durmiéndose luego con él, despertó dentro de dos o tres horas con muy grande juicio, y siempre de allí adelante vivió con él.

Dolores de cabeza.—Son innumerables los que se quitan por medio de la Santa. Y así Isabel de la Cruz, Descalza Carmelita de Alba, padeciendo continuos dolores de cabeza y de ojos, púsose sobre ellos las manos de la Santa Virgen, cuando enferma en aquel Convento, se quería morir, y así quedó con entera salud de todo.

D.^a Margarita Laso de Castilla, Condesa de Tiburcio, estando de camino para Alemania, entró a despedirse de la Vicaria del Convento de las Descalzas Franciscas de Madrid, y hallándola en la cama con un grandísimo dolor de cabeza, sacó un poco de carne que tenía de la Santa Virgen, y poniéndoselo en la cabeza, al punto se le quitó el dolor.

A D.^a Isabel Mejía sucedió en Alba lo mismo. Padecía muy grandes dolores de cabeza. Púsose una

toca que había sido de la Santa, y quitáronsele y no la volvieron más.

Juan de Rivera, Cura de San Salvador de Alba, estando muy malo de grandes dolores de cabeza y estómago, ofrecióse a la Santa y pidiendo una reliquia suya, diéronle una servilleta tocada al Santo cuerpo. Púsosela y se le quitó y estuvo bueno, y aunque los tenía a menudo, no le volvieron más en muchos años que han pasado.

Ojos.—A enfermedades y males de los ojos son milagrosos los socorros de nuestra Santa. Una monja profesa del Convento de Santa María de las Dueñas, de Salamanca, estaba ciega con cataratas de entrambos ojos, y aunque las sacaron, quedó de la cura más ciega que antes, de manera que aún por el Convento no podía andar sin guía y para comer la habían de poner la comida en la mano, porque de tal manera estaba la vista que no veía género de luz ni de resplandor. Fué avisada de una religiosa que tenía una reliquia de la Santa que se encomendase a ella y se pusiese sobre los ojos aquella reliquia, porque le parecía la decían interiormente la diese este aviso y que luego cobraría su vista. Se la pusieron un martes diez de Febrero de 1603 y desde luego comenzó a ver. Pero el sábado siguiente llegando a comulgar con las demás vió muy claramente la *Santísima Hostia* y el Sacerdote con lo demás que a la vista se le ofrecía; pero no publicó el milagro al Convento, sino a algunas pocas, hasta certificarse más.

Otro sábado adelante llegó a comulgar sin guía ni báculo, con admiración de todos, y como vió que iba de veras el milagro, luego allí lo dijo a la Priora

pidiendo la ayudasen a dar gracias a Dios y a la Virgen Teresa por su salud. Hízose así, cantando un *Te Deum Laudamus*, todo el Convento, con muchas lágrimas y devoción, como testigo todo él de esta verdad.

Francisco Gómez, carpintero, y vecino de Alba, estuvo más de mes y medio tan malo de los ojos, que no podía trabajar, y con las muchas medicinas que le aplicaron, le pusieron peor, porque le dió un tan grande dolor, especialmente en uno, que más parecía rabia que ordinaria pena. Estando con este trabajo, llegó al torno de las Descalzas Carmelitas, pidiendo una reliquia de la Santa. Díjole la portera que en aquel punto estaban en la Iglesia enseñando a cierta persona el santo brazo. Fué a verle; pidió se le pusiesen en la cabeza y sobre los ojos; y al punto que le tocaron se le quitó aquel recio dolor, y quedó tan bueno de su mal, que sin hacer ningún otro remedio, de allí a cinco días se puso a trabajar en su oficio con los ojos tan claros y tan buenos y sanos como antes, todo lo cual confesó siempre haber sido milagro y beneficio de la Santa y de Dios.

La Priora del Convento de Descalzas Carmelitas de Malagón, hacía muchos años que tenía una inflamación en un ojo. Después de muchos remedios, púsose una reliquia de la Santa, y luego sanó, sin que le volviese más por toda la vida.

María Evangelista, Carmelita Descalza, tenía un grande mal de ojos, con mucho dolor, y aunque la habían aplicado muchos remedios, ninguno bastaba a mitigarle la pena. Llegó a no poder hacer cosa de trabajo, ni aun confesarse. Mas poniéndose con devo-

ción una reliquia de la Santa, al punto todo se le quitó, sin que le haya vuelto jamás.

D.^a Magdalena de Toledo, Abadesa del Monasterio de la Madre de Dios de Alba, estando ciega de cataratas, se puso una cruz que había sido de la Santa Virgen Teresa, y en el espacio de dos horas que estuvo con ella, fué servido nuestro Señor que cobró su vista y quedó buena.

En la misma villa de Alba, un niño, hijo de Pedro Gutiérrez y de Isabel de Miranda, viniendo un día de la plaza, alegre y corriendo, llegó a la puerta de su casa tan de priesa, que una hermana suya, que estaba allí hilando, entendiendo que iba a caer, le fué a tener con entrambas manos. Fué todo con tanta priesa, que se le metió al niño el huso por un ojo, de manera que el huso se quebró, quedando dentro del ojo un pedazo de él, sin que se echase de ver por la mucha sangre que salía de la herida. Estuvo el muchacho muy malo por más de tres semanas, y el ojo se le hinchó de manera, que se entendió fuera lo menos el perderle. Sus padres, viéndole así, le ofrecieron con ansias a la Santa Virgen Teresa, prometiendo una novena en su sepulcro. Comenzáronla a cumplir, y al último día descubrióse en el ojo del niño un bulto, y llamando al cirujano para que le mirase, tirando con unas tenacillas, sacó el pedazo del huso que se había quebrado y que antes no podían hallar ni descubrir. Hecho esto, sin otra alguna cura, estuvo el niño bueno, quitándose luego la hinchazón y atribuyendo a grande milagro de la Santa su salud, como en hecho de verdad lo fué.

Oídos.—Síguense por su orden a los ojos los

oídos, y de la manera que ha socorrido la Santa aquel sentido, ha socorrido éste, como se verá.

El Padre Baeza, Religioso de San Francisco, de Alba, tenía un oído que le manaba materia, y por esta causa oía con dificultad. Fué un día al Monasterio de las Carmelitas, y con mucha devoción llegó a su oído el santo brazo, y luego sanó del todo, y contándolo entonces y otras muchas veces, daba priesa para que se tomase por testimonio como muy claro y manifiesto milagro.

A Leonor de los Angeles, Descalza Carmelita de Zaragoza, antes que tomase el hábito la solía manar mucha materia del oído izquierdo, y tomando el hábito, procuró disimular su mal el año del noviciado; pero crecióle con la materia tan grande dolor, que le parecía imposible poderlo sufrir más, y así, viéndose una noche muy apretada, dió cuenta de ello a su maestra y prelada, pidiéndolas remedio.

Consoláronla diciendo que, por ser de noche y no poder llamar al médico, lo llevase con paciencia hasta la mañana; pero como el dolor era tan grande, replicaba que si duraba dos horas, moría. Fué la Priora por un pañito de la Santa, y poniéndosele en el oído de la enferma, luego al momento se le quitó el dolor, de manera que jamás le ha tenido.

Es cosa muy rara lo que sucedió después, lo cual pongo por diferente y grandísimo milagro.

Y fué que, haciéndose las Informaciones de la vida y milagros de nuestra Virgen, por orden del Nuncio, en la ciudad de Zaragoza, dijeron a esta Religiosa manifestase el milagro que Dios había obrado con ella, por medio de la Santa, y que lo

afirmase con juramento. Ella, como nunca en su vida había jurado, dijo que, puesto todas las demás lo habían visto, lo dijese, que no se atrevía a jurar. La Priora la dijo: que si quería estar buena, jurase el milagro. Viendo la enferma que cada día iba peor, determinó con grandes veras decir el milagro, pidiendo a la Santa Madre suya la librase de aquella enfermedad. Luego que hizo este propósito, sintió en sí notable mejoría, con grande admiración del médico y de las religiosas, y se quiso levantar, si no se lo estorbaran hasta otro día; y después, con juramento y con mucho contento, confesó por milagro, no sólo el primero, sino el segundo.

Un Visitador de la Cartuja y Prior del Convento de Miraflores, estaba con un grande dolor de oídos que le atormentaba mucho, y aunque le hacían muchos beneficios, no se le quitaba el dolor, por ser muy grande. Un religioso de su Orden le dió un pañito de nuestra Santa, y poniéndoselo con devoción, se le quitó el dolor instantáneamente, y él publicó, con grande devoción y ternura, la maravilla.

En el Convento de Descalzas Carmelitas de esta ciudad de Salamanca estaba Beatriz de la Encarnación con un gran dolor de oído, y sólo con ponerla la Madre Juana del Espíritu Santo, Religiosa del mismo Convento, un pañito de reliquia de nuestra Santa, se le quitó el dolor.

Olfato.—Son también milagros singulares los que la Santa ha hecho en personas privadas del sentido de olfato. Una Religiosa Descalza del Convento de Segovia estaba tan privada de este sentido, que de

ninguna cosa podía percibir el olor. Y oyendo decir a las demás Religiosas del Convento la suavidad y fragancia que tenían las reliquias de nuestra Santa, dábala mucha pena no poder gozar ese olor celestial. Teniendo, pues, en sus manos un pedacito de carne del Santo cuerpo, comenzó tiernamente a decir: «No gozara yo, madre, de este olor. Débenlo de causar mis pecados.» Al punto se le abrió el sentido del olfato y recibió un suavísimo olor de la reliquia, y después ha quedado muy perfectamente en este sentido.

En Pastrana estaba una mujer que había quince años no percibía olor de cosa alguna. Dióla un Religioso Descalzo Carmelita una reliquia de la Santa, y luego recibió de ella grande fragancia y quedó con este sentido vivo y despierto.

Cuando murió la gloriosa Virgen Teresa estaba en el mismo Convento de Alba la hermana Catalina Bautista, privada de este sentido del olfato, y como oyese decir a las demás Religiosas que salía grande olor y fragancia del Santo cuerpo, ella admirada se llega a él, y besándole los pies con devoción, al punto sintió la misma fragancia que las demás sentían, que era maravillosa, y después ha quedado de este sentido con toda perfección, y agradecida a Dios y a la Santa, por quien le tiene.

Llevando al Convento de Carmelitas Descalzas de Lisboa la mano de la Santa de que arriba se hizo mención, todas las Religiosas sintieron luego grande fragancia y olor que salía de ella: sólo una, Inés de la Madre de Dios, que jamás había tenido este sentido, no le percibía. Dióla pena no sentir el favor del cielo

que las demás. Púsose de rodillas, y adorando la Santa mano, suplicó a su dueño la alcanzase este sentido, para que alabase con las demás a Dios. Besó la mano y luego cobró el olfato y sintió lo que todas, conservándosele siempre después acá.

No diré más acerca de este sentido, después de referir el admirable milagro que ahora diré:

Y fué que pasando el Padre Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, Provincial de los Carmelitas Descalzos, por el Convento de Monjas de Malagón, llevaba consigo un dedo de la Santa, y enseñándosele a las Religiosas, dijo: «Miren cómo huele».

Estaba entre ellas una hermana lega que era algo indevota de la Santa (porque siendo la Santa viva la había mortificado algunas veces, ejercicio necesario para las personas de aquella profesión) tomó con esta poca fe el dedo en sus manos, y dijo: ¿Esto huele?, antes parece que hiede. Al punto que dijo ésto salió del dedo tanta fragancia, que la turbó el sentido y la hizo caer al suelo casi sin él, y levantándose al cabo de rato, decía delante de todas: ¡Ahora sí que huele mucho, ahora sí que huele!

Narices.—De trabajos sucedidos en las mismas narices digamos un milagro.

A María de Segovia, vecina de Alba, de quien otra vez abajo haremos mención, sucedió que yendo a dar de comer a un macho, la dió una coz en la cara, de manera que se la partió y la rompió las narices, con muy grande herida, quebrándole la puentecita de ellas y molidos los huesos. Afligida con este trabajo y con que la decían se moría, acordándose que en otra enfermedad había cobrado salud por los méritos de

la Santa, encomendóse a ella con fervor y valióla tanto, que viniendo el cirujano, que ya la había visto, con intento de sacarla los huesos, se los halló buenos y puestos en su debido lugar, y con tan gran mejoría, que luego estuvo buena.

Labios.—Llegamos de las narices a la boca por camino derecho, por donde poco a poco nos podemos entrar con sucesos maravillosos que la den gusto.

Y es muy semejante al pasado el que há pocos meses que sucedió en la ciudad de Salamanca.

En el colegio de San Millán, a Pedro de Fresno, cuerdo y virtuoso colegial suyo, le mordió furiosamente un enemigo suyo en la boca y le arrancó gran parte del labio de abajo, de manera que las encías y dientes quedaron al descubierto.

Procuróse el pedazo de carne para pegársele a la sangre fresca, mas no se halló; por lo cual como pudo el cirujano le dió nueve puntos recogiendo las extremidades del labio, que aunque quedase bueno era forzoso naturalmente quedar fruncido y feo. Era devoto de nuestra Santa Virgen el colegial, y procurando un pañito de sus reliquias, púsosele envuelto en un papel sobre la boca, después de haberle curado el cirujano. Durmióse estando así, y sintiendo un dolorcillo en la herida, como si le hubieran dado en ella un pellizco, despertó, y mirando el papel de la reliquia, halló en él una gota de sangre que, traspasando tres dobleces de papel no llegó al santo lienzo. Parecióle que la Santa le debía haber sanado, y dando prisa al cirujano para que le mirase, quitando la venda y paño de la cara hallóle bueno y sano, tan sin señal de herida, que yo, mirándole con mucha

atención, casi no la percibo, ni dijera había tenido mal en los labios, si no me lo dijeran y él muchas veces no me lo afirmara, determinado a confirmarlo con juramento cuando se lo pidieren.

En la villa de Alba, habiéndose dado Catalina de San Angelo, Carmelita Descalza, un gran golpe en los labios y dientes, con el grande dolor se le fueron hinchando. Mas poniendo sobre ellos una reliquia del hábito de la Santa, se le quitó la hinchazón y el dolor.

Dientes.—Una señora, madre de una monja Descalza Carmelita de Alba llamada Cecilia de la Magdalena, padecía mucho tiempo había un gran dolor de dientes, para el cual no hallaba remedio, mas poniéndose un pañito de reliquia de la Santa en el rostro, se le quitó.

Muelas.—D.^a Isabel de Benavides, mujer de don Diego Gaitán, Caballero de esta ciudad, ha sido fatigada muchas veces con corrimientos del cerebro a las muelas, y sólo con ponerse una reliquia de la Santa se le han quitado. Una vez se vió muy apretada del mismo mal, y prometiendo visitar su sepulcro, se le quitó.

En el Obispado de Burgos, junto al Monasterio de Fresdeval, de la orden de San Jerónimo, estaban unas labradoras montañesas de las que suelen venir a trabajar a aquella tierra por Agosto, entre quienes estaba una muy afligida de dolor de muelas, dando gritos y voces sin poder reposar y hacer cosa. Compadecido de ella Fray Bartolomé Madrigalejo, Procurador del mismo Monasterio, sacó un pañito teñido con el óleo que mana del cuerpo de nuestra bendita

Santa, y poniéndosele, al momento se le quitó el dolor. Suceso tenido de todos por milagro.

En este Colegio de Carmelitas Descalzos de Salamanca, donde al presente estoy, estuvo una vez el Padre Fray Blas de San Alberto con grande dolor de muelas, que le causaba gran desasosiego. Tomó una medalla en la que estaba esculpida la imagen de la Santa, y poniéndola en la parte donde tenía el dolor, luego se le quitó y quedó sosegado.

En Toro había un pintor, llamado Juan Atalaya, el cual estaba encargado de dorar un Sagrario de los Descalzos Carmelitas. Fué a su casa un Padre Procurador del mismo Convento a rogarle le acabase de dorar, porque tenían mucha necesidad de él. Mas hallóle tan apretado con un tan recio dolor de muelas, que decía no estaba para tomar pinceles. Díjole el Padre se hincase de rodillas y que tuviese fe, que Dios le había de sanar por medio de una reliquia de la Santa. Púsole una que tenía consigo en el lado del dolor, y apenas la acabó de poner, cuando con voz alta comenzó a decir el pintor: «Ya estoy bueno, ya no me duelen»; y trabajó luego en el Sagrario, sin que más le viniese aquel dolor.

Quedó con tanta fe a las santas reliquias que, pidiéndole a este Padre un poco de carne, sanó después de un recio dolor de hijada, y también curó con ella a una hija suya de otro grave y vehemente dolor.

Capítulo IX.

De algunos milagros que ha hecho la Santa Virgen Teresa sanando males de garganta, brazos y manos.

POR SU orden se nos ofrece en primer lugar la garganta, de que es tan abogada nuestra Santa, que se puede llamar en la Iglesia otro San Blas.

Garganta.—En el convento de Carmelitas Descalzas de esta ciudad de Salamanca, sucedió que una Religiosa llamada Juana de Jesús, estuvo en la cama enferma cerca de un año con una grande apostema en la garganta y llegó a tanto extremo, que el médico, viendo el peligro de que la ahogase, mandó que se la abriesen; y por haberle muy grande de perder la vida, ordenó que recibiese primero el Santísimo Sacramento por viático; y a la verdad, estuvo tan apretada, que con mucha dificultad pudo pasar la forma. La noche antes que la habían de abrir la apostema, se encomendó muy de veras a la Santa, y púsose sobre ella un pañito de reliquia con mucha fe. A la mañana cuando vino el médico, no sin grande admiración halló hecho a lo que venía, y la Religiosa estuvo luego buena y dió gracias a la Santa, por cuyo medio había recibido tan singular favor.

D.^a Juana Pacheco de Mendoza, Condesa de Peñaranda, hacía más de un año que tenía un grande mal de garganta, y habiendo hecho muchos remedios de sangrías y ungüentos, no tuvo mejoría. Supo que

en el Monasterio de Descalzos Carmelitas de Mance-
ra, había una camisa de la Virgen Teresa; procuró
un poco de ella, y alcanzándolo, púsolo en la garga-
nta, con que sintiendo desde que le puso notable me-
joría, dentro de quince días que le trajo estuvo muy
buena, y como milagro se tomó por testimonio.

Ana de la Encarnación, Descalza Carmelita de
Medina del Campo, estando comiendo un pez, se le
atravesó una espina en la garganta y no podía
echarla, aunque para ello se le aplicaron remedios.
Afligida de verse así, pidió a la Santa la librase de
aquel peligro; y poniéndose una cinta que había
sido suya y apretando con ella la garganta, echó la
espina y quedó libre.

Brazos.—Veamos algunas maravillas que en ellos
ha hecho nuestra Santa. Estando una monja Bernar-
da del Monasterio de San Quirce de Valladolid, muy
mala y manca de un brazo, como oyese los milagros
que obraba Dios por la Santa Virgen y la devoción
que se le tenía en toda España, cobrósele también
muy grande. Un día, pues, estando en el coro enco-
mendóse a ella prometiéndola ciertas cosas; y al ins-
tante se halló buena y salió dando voces a las demás
monjas para que viesen esta maravilla y notable mi-
lagro; lo cual visto por todas, cobraron a la Santa
gran devoción.

El año de 1589 estuvo enferma D.^a Francisca de
Fonseca, monja del Monasterio de la Madre de Dios
de Alba, y mandándola sangrar el médico del brazo
izquierdo; errando el barbero la sangría, se le dejó
manco, de manera que no podía encogerle ni exten-
derle ni hacer cosa con él. Una noche estando así, se

le apareció la Santa Virgen Teresa de Jesús, que llegándose a ella la dijo: *No vengo a sanarte del todo, sino a curarte*; con lo cual desapareció, y ella dudando algo de la verdad, probó a extender y encoger el brazo y hallóle bueno; mas algunas veces después sentía algún dolor, en que vió se cumplían las palabras que la Santa la dijo.

A una hija de Antonio Sánchez, vecino de Alba, siendo de edad de doce años, se le secó o pasmó un brazo de perlesía. Sus padres dejando de hacer muchos remedios que mandaban los médicos, acudieron a la Santa que la sanase. Prometiéronla una novena y una misa. Esta se dijo y aquella se tuvo, al fin de la cual la niña quedó tan buena como antes estaba.

Manos.—Aún tenemos más en los brazos que ver, que son las manos, que sanó en varias personas que ahora se verán.

En las Navas, tierra de Peñaranda, hacía año y medio que estaba manca de las manos la mujer de Francisco Vázquez, de manera que no podía comer sino con mano ajena. Vino a Alba a tener una novena al sepulcro de la Santa, de que quedó tan buena, que hace con sus manos cuanto ha menester, y cuenta a todos muchas veces este milagro.

En el Monasterio de monjas Descalzas Carmelitas de la ciudad de Avila, había una religiosa tan manca de manos y tullida de pies, que ni podía menearse ni hacer cosa. Un día de San Juan Bautista, a las tres de la tarde, la llevaron unas religiosas en brazos a una ermita de nuestra Santa que tiene aquel convento, en que está una imagen de Cristo a la columna,

de quien dije al principio de su vida que se le apareció. En llegando a la ermita se arroja la enferma al suelo para entrar de manos gateando, porque de otra manera no era posible. Sintió luego interior y exteriormente un grande aliento, y como si no hubiera mal alguno, se puso en pie, y mirando a la imagen de Cristo fué a él corriendo y diciendo: Dios mío y Señor mío; y así se echó a sus pies. Después se levantó y anduvo muchas veces por la ermita con grande aliento, subía y bajaba escaleras, comía y desnudábase con sus manos, como fuese verdad que antes ninguna cosa de éstas pudiese hacer. En fin, quedó tan buena, que cuantas personas supieron sus trabajos la llamaban el paralítico del evangelio, atribuyendo a la Santa Virgen Teresa tan singular milagro.

Bartolomé Fernández, carpintero, vecino de esta ciudad de Salamanca, barrenando un madero en el convento de Agustinas Descalzas, saltó el barreno quebrándose, y con la fuerza que barrenaba se le metió por la palma de la mano. De lo cual se le vino a hinchar y afistolar la mano hasta el codo y a tenerle tan malo, que se trataba entre médicos y cirujanos de cortársela; y añadióse a ésto una grande calentura que le dió.

Enviáronle las Descalzas Carmelitas una reliquia de la Santa Virgen Teresa, diciéndole tuviese fe que pues en vida en sus necesidades había servido, a la Santa, ella ahora le había de favorecer y ayudar. El se puso la reliquia y con ella se quedó dormido, y al cabo de dos horas despertó sin calentura y reventada la apostema del brazo, saliendo por la herida de la mano la materia. Luego comenzó a estar tan bueno,

que los médicos y cirujanos se admiraban, atribuyendo a grande milagro de la Santa su salud.

Ana González, mujer de Juan Vázquez, vecino de Alba, tenía la mano del brazo izquierdo manca del todo, de manera que tenía cerrado el puño, y los dedos tan hacia adentro, que ninguno se le podía enderezar y vinieron hacerle callos los dedos en la palma de la mano con la continua costumbre de apretarla. Ella en fin, tenía esta mano seca y sin provecho. No aprovechándole ningún remedio en el principio de su mal, dejó de curarse, y vivió con su mano manca mucho tiempo. Viendo una amiga suya los milagros que la Santa Virgen Teresa hacía, pidióla un día que se encomendase a ella, que como favorecía a otras personas así la socorrería a ella. Con esta instancia se determinaron las dos a visitar el santo sepulcro, y llegadas a él, suplicaron a la Santa se sirviese darla salud. Llegaron luego a adorar el santo brazo rogando al sacerdote que le enseñaba, se le llegase a la mano que tenía manca. Hízolo él, y tocando el brazo a los dedos, ellos comenzaron a menearse y extenderse, de manera que metió entre ellos el brazo de la Santa, con que se acabaron de extender y quedó la mano muy buena, y todos los presentes alabando a Dios. Después por seis años que vivió, siempre también la tuvo buena y ganó de comer con ella, porque tenía muy buenas manos de labor.

Capítulo X.

De algunos singulares milagros que la Santa ha hecho sanando males de pecho en hombres y mujeres.

Pechos.—Muchos milagros tenemos que ver en esta parte a que hemos llegado, que son los pechos, y así en menos de tres capítulos no se podrán decir. Procuraré tratarlos con brevedad para evitar molestia.

Había en Valladolid una señora principal llamada D.^a Luisa de Porras, que viviendo la Santa Virgen Teresa, trató de ser Descalza Carmelita, y estando admitida, detúvose algún tiempo en tomar el hábito por estar enferma una tía suya en cuya casa vivía.

Yendo después esta señora a Lisboa, dióse de una caída un golpe en los pechos, de que se le hizo en ellos una hinchazón y dureza muy grande y vino a estar tan enferma por nueve años continuos, que no se podía vestir. Curáronla los mejores médicos y cirujanos que había en Lisboa, mas sin provecho, que era el mal muy grande, y según ellos decían tenía muchos zaratanes en el pecho juntos. Apretóla tanto el mal, que llegó a lo último de su vida y los médicos la desahuciaron. Estando una noche con las congojas de la muerte al parecer de todos, vió junto a su cama unas mujeres vestidas de blanco y conoció ser una de ellas la Santa Virgen Teresa, que había ya algunos días que era muerta. Comenzó la enferma con gran-

des ansias a pedirla favor, más para el último paso en que se veía, que para cobrar salud, porque no tenía esperanza de poderla tener. La Santa la amparó de manera, que luego comenzó a sentir en sí gran mejoría y unos grandes deseos de visitar la santa mano de esta bendita Virgen que está en aquella ciudad, pareciéndola que en tocando esta reliquia estaría buena. Creció tanto su mejoría, que a los nueve días pudo ir al Monasterio y tomando la mano con devoción se la puso en los pechos, y al punto se sintió buena. Aquel día se le cerró también una fuente que tenía en un brazo, sin la cual decían los médicos no podría vivir y hacía cinco años que la tenía. Al cabo de un mes, como sintiese algún dolor en aquella parte, volvió a ponerse la mano y se le quitó del todo, quedando tan buena como si jamás hubiera tenido mal alguno.

Inés de Jesús, Priora que fué, y ahora Supriora de las Carmelitas Descalzas de Segovia, estuvo muy mala de una hinchazón y dureza que se le hizo en el pecho, que decían los médicos era zaratán. Púsose un pañito, reliquia de nuestra Santa, y luego se le quitó el dolor que sentía y se resolvió dentro de tres días aquella dureza y quedó sana, sin que después haya sentido cosa alguna.

En la villa de Piedrahíta tenía una mujer un pecho malo, y decían los médicos ser un cáncer que se le hacía en él, así padeció por tres meses grandes dolores. Ofrecióse a nuestra Santa y poniéndose sobre el pecho una reliquia suya de un pañito, comenzó a mejorar. Visitó su santo sepulcro, y tocando el brazo de la Santa, al punto quedó buena.

En esta ciudad de Salamanca estaba muy mala de un pecho D.^a María Díez, suegra del Mayordomo del Convento de Santa Clara, púsose también en él otro pañito de la Santa, y quedó libre de su mal.

Leche de pechos.--Para remediar necesidades de mujeres que crían hijos y no tienen leche en los pechos, es maravillosa la intercesión de la Santa, y testificalo lo sucedido en la villa de Alba a María Hernández, mujer de Cristóbal Rodríguez, estando en el palacio del Duque de Alba criando y dando leche a su hijo mayor D. Fernando de Toledo. Dió en esta sazón al Duque de Alba, que ahora es, cierta enfermedad, para la cual la pidieron un poco de leche de sus pechos, sacóla y dióla, y con esto se le secaron de tal manera los pechos, que no quedó señal de haberla jamás tenido. Así la fué forzoso volverse a su casa, donde viéndose, a los cuatro meses, en la necesidad de criar una criatura que la había dado Dios, encomendóse a la Santa, prometiendo estar nueve horas delante de su sepulcro. Cumplió su promesa y acabada, sintió que se le llenaban de leche entrambos pechos, y fué así y con tanta abundancia, que poniendo a ellos la criatura que llevaba consigo, se hartó, teniendo leche abundante por todo el tiempo que la crió.

Por singular milagro relacionado con la necesidad de pechos y de leche notamos, aunque no es de criaturas racionales sino de brutos, lo sucedido a Pablo Chacón, vecino de Alba, que habiendo comprado un buen rebaño de ovejas le trajeron nuevas como mucho número de ellas que estaban paridas no daban eche. Viendo el menoscabo de hacienda que se le

seguía, fuese al sepulcro de la Santa y suplicóla volviere a sus ovejas la leche, lo cual siendo así, la prometía una vela y una novena a su santo sepulcro. El hizo su promesa, y muy poco después le trajeron cómo a todas sus ovejas había vuelto la leche.

Vómitos de sangre.—A males de pecho, me parece se pueden reducir vómitos de sangre, y así diré en este lugar algunos milagrosamente sanos de que tengo noticia.

Una hija de D. Alvaro de Bracamonte, caballero que ha vivido en Alba, padecía una gran calentura con vómitos de sangre, y una noche, estando tan fatigada que pensaban todos se moría, púsola un clérigo, llamado Antonio de Zamora, una reliquia de la Santa, estando presentes sus padres y otras personas. Y fué cosa admirable que estando hasta entonces como muerta, luego al punto la niña abrió los ojos y comenzó a hablar con todos cuantos estaban allí, quedando ella buena y ellos con grande admiración y devoción de la Santa

A Francisco Bares, yendo de la villa de Alba a Mercadillo, dió un accidente de vómitos con una tan gran calentura, que pensaron todos los que le acompañaban se moría. Viéndose tan malo, se encomendó a la Virgen Teresa, y aquel mismo día le cesó la calentura y quedó bueno.

Sólo dos milagros añadiré a los dichos que serán agradables a soldados y toda gente de guerra que desea tener seguro su pecho a balazos de artillería, para quienes es peto fuerte maravilloso el favor de la Santa.

Jorge Valera, caballero burgalés, pasando a Fran-

cia, llevaba consigo una de estas reliquias, y siendo acometido de herejes, diéronle muchos balazos en el pecho, de ninguno de los cuales recibió daño, con no llevar ninguna arma defensiva: sólo la reliquia le defendió.

El licenciado Pedro Fernández Barragán, clérigo cura de la Iglesia de Nuestra Señora del Rosario de la villa de Valverde, Arzobispado de Sevilla, oyendo los milagros y santidad de la Santa Virgen Teresa, cobróla gran devoción, y encomendábase ordinariamente a ella en sus oraciones y cada día leía un rato en sus libros.

Leyó un día en el libro que compuso el doctor Francisco de Ribera de la vida y milagros de la Santa, y viendo en él unas palabras que la misma escribía desde Sevilla a una religiosa que decían: «*Bendito sea Dios que en esta ciudad me conocen por quien soy, en las demás no me han conocido*», lo cual decía la Santa por los testimonios que en aquella ciudad la levantaron. Agradáronle tanto estas humildes palabras y causáronle tanta devoción, que acordó de escribirlas en un papel y traerlas siempre en el pecho consigo, esperando en el Señor le había de favorecer por medio de ellas en sus necesidades.

Sucedió pues, que estando en una azotea de las casas Arzobispales de Sevilla con el licenciado Bernardino Rodríguez, Provisor del mismo Arzobispado, teniendo el Provisor un pistolete en las manos que estaba cargado muchos días había, queriendo dispararle, no podía, aunque por dos o tres veces le pego fuego, por lo cual enfadado se le dió al Pedro Barragán. Al tiempo que extendió la mano para dárselo,

prendió el fuego y disparó el pistolete y dió con doce perdigones de plomo en el pecho derecho de Pedro Barragán, cerca de donde traía las palabras escritas de la Santa, y los perdigones, como si dieran en una pared de durísima piedra, volvieron diez o doce pies atrás. Acudieron los que estaban presentes pensando estaba muerto: más halláronle bueno y sin lesión alguna, el cual quedó diciendo con grande devoción que las palabras de la Santa Virgen Teresa le habían librado.

Publicólo de allí adelante a muchos que se espantaban y admiraban de verle vivo, y así se tomó luego por testimonio, juzgando todos esta maravilla por notable milagro.

Capítulo Xi.

Cómo sana la Santa males de corazón y otros graves males de las entrañas.

Dolor de corazón.—Sabida cosa es ser tan incurables los graves males del corazón humano, que a sólo Dios se reserva su remedio; mas los favores que hace a su querida esposa nuestra Santa, llegan a tanto, que pone también en sus manos poderlos remediar. Y hase visto en Ana de la Trinidad, Descalza Carmelita de Salamanca, la cual estando con un grande dolor de corazón apretábala tanto, que llegaba a punto de desmayarse con él. Hiciéronla muchos remedios, mas no la aprovecharon. Pusieronla después sobre el corazón una reliquia de nuestra Virgen, y de allí a un poco la dió mucha congoja y un sudor en el mismo lugar; después del mal se se le quitó el dolor y nunca más le ha sentido.

D. Juan de Benavides, hijo de D.^a Isabel de Benavides y de D. Diego Gaitán, personas principales de Salamanca, padecía una grande enfermedad de gota coral acompañada con desmayos y otras muy graves enfermedades, por lo que le desahuciaron los médicos; mas encomendándole su madre a la Santa, sanó de todas sin que alguna de ellas le haya vuelto.

Martín Pinto, hijo de Susana Ramos, vecino de Alba, estaba también muy malo de un mal de corazón de que le solían dar grandes desmayos, y esto

padecía muchas veces con tantas congojas que decían los médicos no conocían el mal. Dióle un día fuera de su casa y con gente que se juntó le metieron como muerto en casa de Leonor Ramos, tía suya. Ella le hizo poner en una cama, y dejándole allí, se fué al Sepulcro de nuestra Santa a suplicarla le diese salud, y volviendo a su casa hallóle bueno del desmayo y levantado, y en muchos días que han pasado no le ha vuelto el dolor.

Dolor de estómago.—Atiendan ahora los afligidos con dolores de estómago el singular remedio de su mal, que le es eficacísimo tener devoción con nuestra Santa. Al Monasterio de Carmelitas Descalzas de Lisboa se recogieron por mandado del Archiduque Alberto unas monjas flamencas que habían pasado entre herejes grandes trabajos. Entre ellas había una hija de un caballero español llamado D. Luis Carrillo, sobrina del Cardenal Granvela, la cual hacía más de veinte años que ni un sólo día había estado libre de dolores de estómago, y de ésto daban testimonio sus compañeras y la grande flaqueza con que ella estaba.

Pusiéronla en el estómago la mano de nuestra Santa, que está en quel Convento, y dióla luego un dolor tan grande que no le podía sufrir. Mas duró poco, y después de él quedó del todo sana, sin que le haya vuelto después. Y para confirmación de haber sido su curación milagrosa, comía delante de sus compañeras muchos manjares que sabían ellas la hacían notable daño, y no sentía la hiciesen ya.

Antonio de la Cueva, vecino de Sevilla, padeció por espacio de muchos años grandes enfermedades

en el estómago y vino a estar tan fatigado, que hacía cuarenta y cuatro días que no podía retener cosa alguna en él; mas poniéndose una reliquia de nuestra Santa, de tal manera cesó todo su mal, que nunca más le volvió semejante accidente.

D. Andrés de Prada, Secretario de nuestro Católico Rey, estando con un grande dolor de estómago, púsose un tafetán en que había estado el corazón de la Santa, y se le quitó el dolor.

Dolores de espaldas.—A males de estómago y de pecho quiero añadir uno, que es el mal de espaldas, las cuales sanó nuestra Virgen en Isabel de la Cruz, Carmelita en Alba. Abrasábansele las espaldas de manera, que parecía que las traía con una llama de fuego. Púsose una faja que había sido de la Santa, y se le quitó.

Semejante fué la que dió a otra hermana del mismo Monasterio. Abrasábansele los hígados, y aun todas las entrañas le parecían se la estaban quemando, y ninguna de muchas medicinas que se le hacían era de provecho. Asi duró por mucho tiempo este mal. Tomó un día un pedacito de manga de la Santa y poniéndosele, luego sintió mejoría y el mal se le quitó del todo, de manera que no le ha vuelto más.

Capítulo XII.

Cómo nuestra Santa Virgen ha sanado todos los males de las demás partes del cuerpo humano hasta los pies.

POR su orden iré refiriendo los milagros de que tengo noticias, hechos por nuestra gloriosa Virgen desde el pecho hasta los pies en los cuerpos de las personas que se le han ofrecido; fácilmente discurrirá el lector, aunque no se refiera más de su enfermedad y su salud milagrosa, a qué parte del cuerpo se deba reducir; que fuera cansancio, tan por menudo decirlo todo.

Mal de orina.—D. Juan Brochero, Caballero del hábito de Alcántara de esta ciudad, de quien otras veces he hecho mención por haber sido un retablo de duelos remediados por la Santa, estaba muy malo el año 1607 de una gran retención de orina que le causaba grandísimos dolores y tales congojas que se pensó muriera. Encomendóse en él a nuestra Santa ofreciéndola un dosel de terciopelo carmesí para su sepulcro. Luego que hizo la promesa, se sosegó y puso bueno sin otras medicinas, y ha sido servido Dios que nunca más le ha vuelto, aunque antes era bien atacado de él.

Partos dificultosos.—En Villanueva de la Jara había una mujer llamada Ana López, que vivía muy afligida porque todos los hijos que paría le salían muertos, de manera que ninguno recibía el agua del

bautismo. Había hecho al Señor grandes plegarias y encomendándolo a muchos siervos suyos, mas todavía le duraba su trabajo. Estaba ya en víspera de otro parto, cuando teniendo noticia que estaba en el mismo lugar la Santa Virgen Teresa, vino a ella con mucha fatiga pidiéndola el remedio. Consolóla la Santa y dióla una cinta con una cruz de reliquia, diciéndola tuviese mucha fe, porque aquella cinta había sido de la Madre de Dios, y que la tuviese consigo hasta que diese a luz. Hízolo así, y llegada su hora, parió un hijo vivo y recibió el agua del santo bautismo, y lo mismo fué de otros que de allí adelante parió.

D.^a Inés de Ayala, mujer del mayordomo mayor del Archiduque Alberto, estaba en Lisboa muy apretada de parto. Pidió la mano de la Santa, y luego dió a luz, teniéndolo todos a milagro por el grande peligro en que antes estaba. El mismo efecto hizo en otra señora de aquella ciudad que, como ella, muchas veces, después certificaba, dió a luz sin sentir dolores algunos.

En Piedrahíta, Obispado de Avila, estando otra mujer muy peligrosa con un parto atravesado y recio, púsola una tía suya una reliquia de un pañito de nuestra Santa, y luego que se la puso tuvo feliz suceso.

En Neira, lugar del reino de Galicia, estando una mujer tan a peligro de muerte con un parto difícil que hacía cuatro días estaba padeciendo grandes dolores, como no se hallase remedio humano, pusiéronla al cuello una reliquia de la Santa, y luego fué Nuestro Señor servido que parió.

En el Monasterio de Agustinas Descalzas de Salamanca hay unas disciplinas que fueron de Nuestra Santa Virgen Teresa, con que han sanado muchos enfermos, a quienes se han llevado, y entre ellos poniéndose una vez a una mujer que estaba muy apretada de parto, luego parió.

Flujos de sangre.—Estaba en Malagón una buena mujer llamada Seca con un grande flujo de sangre, y sabiendo había llegado allí nuestra Santa, fuése a ella pidiéndola con mucha devoción la encomendase a Dios y pidiese la quitase aquella enfermedad. *La Santa se quitó una cinta que traía, y dijo se la pusiese, que por ventura se la quitaría.* La mujer se la puso, y fuéle tan eficaz el remedio, que cesando en ella el mal, nunca le volvió a tener.

En la villa de Villamañan, estando malo de otro flujo de sangre Antonio Grajal, vino a apretarle tanto, que los médicos, no hallando remedio, le desahucieron; mas poniéndole una reliquia de nuestra Santa, se le restañó la sangre y estuvo bueno.

Males de piernas.—En Salamanca tenía una pierna muy mala Bartolomé Martínez, estudiante, y con sólo ponerle en ella un pañito de reliquia de la Santa estuvo bueno.

En esta misma ciudad estaba tan mala de una pierna Ana Matanza, que no se podía menear y pensaba ya no podría jamás ir a la Iglesia a oír Misa. Púsose en ella otro pañito de reliquia de nuestra Virgen y quitándosele luego el dolor, estuvo buena.

En el Convento de las Descalzas de Sevilla, solía dar muchas veces a Isabel de San Jerónimo una enfermedad con que quedaba tan tullida, que no se

podía mover; dióla tan recio un día de San Miguel y con tan gran dolor, que en más de veinticuatro horas no dejó de quejarse; acertó a estar allí el Provincial de los Carmelitas Descalzos, que era Fray Jerónimo Gracián, y haciéndola poner una reliquia de la Santa en la parte del dolor, sin saber ella ni las demás monjas de qué Santo fuese, en el punto sintió en sí la enferma maravillosa virtud y quedó buena, sin repetirla el mal en quince años que han pasado.

Pies.—El Doctor Francisco de Rivera, de la Compañía de Jesús, tenía un dolor en los pies, por lo que no podía andar, y después de haber hecho algunas medicinas sin provecho, púsose una reliquia de carne de la Santa en la parte dolorida, y no le volvió más.

En esta ciudad de Salamanca tenía malo un pie una criada de Ana Matanza, de manera que un cirujano se le quería abrir. Ella, oyendo leer el libro de la Santa, tomó con ella tanta devoción, que la encomendó su trabajo, y socorrióla de manera, que cuando vino el cirujano a hacer su cura no fué menester por hallarla del todo sana.

Capítulo XIII.

De sucesos varios y de necesidades generales de fuego, agua y tierra a que ha socorrido la Santa Virgen Teresa.

HÁSE visto hasta aquí cómo es nuestra Santa un general socorro contra todas las enfermedades de cuerpo y alma. Veamos ahora cómo lo es en cualquiera otras necesidades de sucesos varios que a una persona humana en esta vida miserable puedan acontecer, para que quede visto por todas partes ser de todas manera grande y grandemente favorecida de Dios, a quien se reducen todas las maravillas de esta admirable Virgen.

Caídas desgraciadas.—En la villa de Alba, una niña, hija de Antonio Sánchez, Mayordomo de la Iglesia de San Salvador, andando jugando con otros niños en la tribuna de la Iglesia misma, cayó de ella abajo, que es de gran altura, y el golpe lo fué tanto, que todos pensaron era muerta la niña, y a la verdad lo parecía, estando mucho tiempo sin habla. Aunque en fin volvió a su sentido, decían los médicos que se moría, si Dios milagrosamente no la sanaba; mas sus padres, con gran fe y esperanza de que había de tener remedio por la Santa, se la encomendaron, prometiendo estar a su santo sepulcro nueve horas. Luego que hicieron la oferta comenzó la niña a volver en sí y a abrir los ojos, echando por la boca gran cantidad de sangre con que los médicos decían echaba las entra-

ñas que tenía arrancadas de la caída. Ellos juzgaban bien por lo que naturalmente había de suceder; mas puso de por medio su favor nuestra bendita Virgen, por quien dentro de tres días estuvo buena y los padres cumplieron su promesa.

D. Alvaro de Bazán, hijo de D. Diego Gaitán y de D.^a I. de Benavides, siendo niño de ocho años, dió en esta ciudad de Salamanca una caída sobre un umbral de piedra, quedando sin sentido y como difunto, y así pensaron que lo estaba los criados que acudieron a él. Su madre, aficionadísima de la Santa (y debe serlo de justicia por los muchos beneficios que de ella ha recibido), tomando una imagen suya en las manos, se le encomendó muy de veras, y eso bastó, sin que se hiciese ninguna otra diligencia, para que volviese en sí y quedase bueno.

Remedia a faltos de sueño y hastío de comer.

En la ciudad de Gerona estaba un mercader muy malo sin poder dormir ni comer cosa alguna y llamando al Padre superior de los Carmelitas Descalzos de la misma ciudad, él dijo a su mujer que pusiese al enfermo una reliquia que le daría de la Virgen Teresa, y que para alcanzar mejor salud para su marido por su medio, ofreciese hacer alguna cosa en honra suya. Ella hizo voto de vestir el hábito de Nuestra Señora del Carmen y dar de limosna unos ricos vestidos que tenía, con lo cual entró a dar la reliquia a su marido. Poniéndosela, comenzó luego a dormir, soñando con la misma Santa y con San José y con la Virgen María. Despertando a la media noche, pidió de comer y comió, y luego volvió a dormir. Lo mismo sucedió al doctor Menescal, Catedrático de

prima de Teología en la Universidad de Barcelona, el cuál se libró de otra semejante enfermedad con una reliquia de la Santa que le dieron.

Cansancio de trabajadores.—En esta ciudad de Salamanca andaba trabajando Bartolomé Fernández, maestro de carpintería, en el segundo Monasterio donde la Santa mudó sus monjas, trayendo veinte o veintidós oficiales en la obra por cuenta suya. Un día mandóle la Santa que les diese de beber, porque la parecía andaban cansados. Reparando el maestro, díjola que la gente era mucha y el vino valía caro. Díjole la Santa no reparase en ello y que les diese de beber. Envió él por vino dando dos maravedises para cada uno, y cuando lo trajeron comenzó el maestro a darles de beber, dando a cada uno la cantidad que a buen ojo era algo más que dos maravedises, por razón de un poco de agua que se le había echado; cuando faltaban tres o cuatro volvió al jarro los ojos por ver el vino y halló que estaba aún tan lleno como lo habían traído. A esta sazón se asomó la Santa a una ventanilla y dijo al maestro: ¿Pedro Hernández, ha hecho lo que le dije? El respondió: madre, sí; mas nos ha sucedido lo que en las bodas del architriclino, que se vuelve el agua en vino. Replicóle la Santa: ande, hermano, que eso hace Dios; y él la respondió: bien parece que andan buenos de por medio. Y volviéndose a sus oficiales, les dijo: no hay sino beber muy bien, que este es vino de bendición, y volvió a darles a todos de beber llenándoles vaso a cada uno, de suerte que no podían acabar con el vino. Suceso que puso a todos admiración y confesaron ser notable milagro.

Piojos.—Uno de los más insignes milagros, y más claro y evidente que la Santa Virgen hizo en su vida, fué que estando sus monjas Descalzas muy afligidas y acosadas de piojos, inmundicia molesta, que se cría en grande abundancia en la estameña o lana de que son las túnicas que traen las religiosas junto al cuerpo, pidiéronle todas ellas a la Santa encarecidamente rogase a Nuestro Señor las librase de aquel trabajo por la inquietud que les causaba en la oración. Ella lo hizo y habiéndoselo concedido su Majestad, aseguró a todas sus monjas que vivirían libres de allí adelante de aquella pena. Esto pasó en el Monasterio de San José de Avila, que fué el primero que fundó; acerca de lo cual he visto unos versos de las monjas y de la Santa en que ellas le piden esta merced, y ella se la promete de parte de Dios. Por ventura los hicieron en alguna fiesta en que la Santa Virgen, por consuelo de sus monjas, las solía regocijar discretísimamente, Dicen las monjas así.

*Pues nos dáis nuevo vestido
Rey celestial
Libradnos del mal gentío
Del sayal.*

Respondióles la Santa:

*Hijas, pues tomáis la cruz,
Tened valor
Y a Jesús, que es vuestra luz,
Pedid favor:
El os será defensor,
En El fiad
Que os libraré del gentío
Del sayal.
Pues vinisteis a morir,
No desmayéis,*

Que con gente tan civil
No os tomaréis:
Remedio en Dios hallaréis
De tanto mal,
Y os librará del gentío
Del sayal.
Inquieta este mal ganado
En la oración,
Al corazón mal fundado
En devoción;
Pero a vuestro corazón
Asegurad
Que os libra Dios del gentío
Del sayal (1)

(1) Sobre este gracioso suceso nos da un diligente historiador las siguientes noticias: «Habiendo dado asiento, dice, Nuestra Gloriosa Madre a su primera casa de S. José de Avila e introducido en ella los fervores que ya vimos, deseosas las hijas de padecer y de mostrar más la fineza del amor para con el Esposo, le pidieron licencia para dejar las túnicas de estameña que traían a raíz de las carnes, y vestirlas de jerga áspera, que les sirviese como de sicilio. Condescendió luego con el deseo. Pero picando luego el escrúpulo si las sabandijas, que era fuerza criar, las habían mucho de estorbar la quietud de la oración, se lo dijeron. Animólas ella a que esperasen de Dios el remedio, que favorece resoluciones valerosas. El mismo día, después de maitines, que sería entre diez y once de la noche, determinaron hacer una procesión. Vestidas sus túnicas de jerga y llevando un Santo Cristo por guía, con velas encendidas, fueron al coro, donde la Santa se había quedado en oración. Iban cantando himnos y salmos, y entre ellos una coplilla más sencilla que elegante, que decía así:

Pues nos dáis vestido nuevo
 Rey celestial,
 Librad de la mala gente
 Este sayal.

Llegadas al coro, y habiendo estado postradas un rato delante

Milagro fué este que mostró grandemente lo que la Santa podía y valía con Dios; pues no solamente en aquel Monasterio, sino en todos los demás de monjas, no se ve ni se ha visto jamás, después acá, rastro ninguno de esta inmundicia, con ser los hábitos de sayal y de jerga y las túnicas de estameña, y por el consiguiente, todo ocasionado para lo contrario. Y

del Santísimo Sacramento en oración, se fueron a tomar la bendición de su Santa Madre. Enternecida ella de ver el fervor y tierno afecto de las hijas, de nuevo las animó, y para alegrarlas con aquella sal del cielo, hizo otras coplitas de repente, correspondientes a las que ellas cantaban, y decía la Santa: *Hijas pues tomáis la cruz, etc.*

Fué tan extraordinario el gusto que sintieron las benditas Religiosas, que lo tuvieron por pronóstico del buen suceso. La poderosa Teresa lo tomó tan de veras, que no se levantó de adonde estaba hasta que Cristo se lo concedió. Desde entonces comenzaron a sentir todas gran limpieza en el vestido, y nunca jamás criaron ni vieron sobre sí, ni en ropa alguna de las que usaban, semejantes sabandijas. (Fray Francisco de Santa María, *Historia de la Reforma de Nuestra Señora del Carmen*, Tomo II, pág. 72.)

Este privilegio parece haberle conseguido la Santa para todas sus religiosas, como la experiencia de más de tres siglos lo manifiesta. Sólo en algunos casos ha permitido el Señor padezcan esta miseria en castigo de trasgresiones de la ley. (Véase la obra citada pág. 73.)

Acerca de los religiosos, se dice, que preguntando a la Santa María de San Francisco, que cómo no gozaban del privilegio, respondió: «Calle, hija, que ellos son hombres.» De aquí ha inferido alguien que los religiosos no gozan de semejante privilegio. A esto diré, que la experiencia demuestra enteramente lo contrario.

Debo advertir aquí, que esta graciosa poesía que compuso la Santa con la ocasión dicha, corre algo diferente en otras obras de como la trae nuestro autor.

También notaré que el Cristo que llevaron las religiosas en procesión se venera en el coro de San José de Avila, con el título de *El Cristo de los piosos*.

es ésto de tal manera, que las que estando en el siglo padecían algún trabajo en ésto, en tomando el hábito se les quita, y es más, que las que no han de profesar no participan este privilegio como se ha visto por experiencia. Este milagro contiene en sí muchos milagros, porque en cuantas monjas hay en la orden que son más de mil, son otros tantos milagros, con tantos testigos de ellos cuantas monjas hay en los Monasterios.

Y aún es también milagro participado por favor de la Santa de otras personas fuera de la Religión, entre quienes se cuenta el Padre Franciscano Sebastián de la Parra, el cual como se viese el año de su noviciado muy afligido con esta inmundicia de piojos que criaba, escribióle a una monja Carmelita Descalza, la cual le prometió rogarían las monjas de aquel Monasterio a la Santa Virgen Teresa, Madre suya, le concediese el privilegio que había alcanzado de Dios para todas ellas. Hiciéronlo así, y desde entonces, aunque han pasado muchos años, nunca este Padre los ha criado.

Contra demonios.—Contra los demonios tiene nuestra Santa maravillosa virtud. Así, estando en Avila rezando un oficio por las ánimas del Purgatorio, púsosele un demonio sobre el breviario en figura feísima, enseñándola los dientes y haciéndola amenazas de que la había de cojer en sus lazos, todo lo cual hacía a fin de estorbarla lo que rezaba: mas despreciándole la Santa y echándole un poco de agua bendita, como si disparara contra él una culebrina, y mucho más, le hizo huir de sí.

Otra vez estando en casa de su hermana D.^a Juana

de Ahumada, sentada en un aposento, entró la misma D.^a Juana, y sentóse no lejos de donde estaba su Santa hermana, y como la bendita Virgen se sonriese, hizo instancia su hermana D.^a Juana para que la dijese la causa de su risa, la Santa la dijo: En el mismo lugar que os sentásteis estaba cuando llegaste un demonio, haciendo de las que él suele.

Estando otra vez en Toledo en un confesionario, diéronla un papel del Padre Salazar de la Compañía de Jesús, en respuesta de otro suyo. Púsole la Santa en la falda y regazo; mas cuando salió, jamás el papel se pudo hallar ni en el confesionario ni en otra parte, aunque se hicieron muy grandes diligencias. Entendió que sin duda el demonio se le había escondido, y recogióse a la noche y pensando en ésto, que, como no le había leído, dábale pena, el papel cayó junto a ella misma, estando bien cierta que no le tenía en parte de sus vestidos.

Pasos quebrados.—En un Convento de monjas Carmelitas Descalzas, por descuido y olvido de que estaba un cáliz envuelto en unos manteles de altar, la sacristana, tirando de ellos, arrojó con fuerza el cáliz en el suelo, el cual se hizo pedazos. Ella muy afligida se fué a un altar donde estaba una imagen de nuestra Santa y con muchas lágrimas pidió perdónase y remediase su descuido. Compadecióse la Santa, y oyóla de manera, que cuando volvió a la sacristía halló su cáliz tan sano como antes; y sabido el milagroso suceso por D. Diego de Yepes, Obispo de Tarazona, se le pidió por reliquia, dando al Convento cien ducados por él.

Catalina Bautista, Descalza Carmelita en el Con-

vento de Alba, estando quemando por mandato de su Prelada las tablas del ataúd donde había estado el cuerpo de la Santa, por estar podridas, súbitamente se prendió fuego en la chimenea de manera que todo ardía. La religiosa atribulada, encomendándose muy de corazón a la Santa Virgen y pidiendo su socorro, decía: Madre Teresa de Jesús, ayudadme en esta tribulación. En el mismo instante cayó abajo todo el fuego de la chimenea, sin quedar cosa alguna del incendio.

Para no llover.—Estando la Santa en la fundación de este Convento de Salamanca, acomodando una pobre casita que había tomado, y poniendo en ella para la Iglesia una pieza que estaba muy desacomodada, comenzó a llover tanto, y mojarse la casa de manera, que ningún altar se podía acomodar, y estaba con pena porque esperaban vendría mucha gente al día siguiente.

En esta sazón se llegó a la Santa una religiosa diciendo: Madre, pida V. R. a nuestro Señor que no llueva, para que haya lugar de componer lo que falta.

Hízolo así la Santa y en menos espacio que se podrán decir tres credos, se serenó el cielo, y dejó de llover.

Visto por algunas religiosas, dijeron a la Santa: antes lo pudiera V. R. haber pedido a Dios, de quienes riéndose ella se apartó y recogió a su celda a darle gracias, quedando las demás componiendo los altares.

Contra tempestades de mar.—Tenía la Condesa de Tiburcia grande fe con todas las reliquias de nuestra Santa por haber experimentado que obraba

el Señor por su medio, cosas maravillosas y así se aprovechaba de ellas en todos sus peligros. Navegando una vez en compañía de su marido de España a Flandes, levantóse tan grande tempestad en la mar, que temieron todos anegarse y perderse. Echó la Condesa en la mar un poco de carne de nuestra Santa Virgen, con la cual cesó la tempestad. Y en agradecimiento de este beneficio, hicieron voto el Conde y la Condesa de traer el hábito de Nuestra Señora del Carmen a gloria de Dios, y de su Madre y de nuestra Santa bendita.

Basten estos milagros, porque son tan sin número los que de esta esclarecida Virgen se pueden decir, que fuera menester un mundo de libros para escribirlos todos.





DEPRECACIÓN

Y con esto acabo, Dios y Señor mío, que haces y perfeccionas los santos y los coronas, la historia que me propuse escribir de tu agradable esposa, para que reconozca el mundo los tesoros que en ella pusiste, y te alaben todos sin fin, pues eres el principio, medio y fin de toda santidad; sin quien estas hermosas y olorosas flores de santos y santas que nacen en tu Iglesia, no fueran rosas, sino espinas y abrojos, a no ser regadas con tu sangre preciosa.

Postrado ante tus ojos, suplico a tu eterna bondad y natural misericordia, recibas este pequeño don que te ofrezco. Y el haber yo, indigno y miserable, hablado de tanta santidad y pureza no sea parte para que, indignado contra mí por mis culpas gravísimas, des a mi alma la pena que merece; mas antes por la intercesión de tal Virgen me las perdones y pongas en mis entrañas, ¡oh poderoso Dios!, un nuevo corazón y un espíritu nuevo, para que pareciéndome en algo a la que tanto amaste, por ella alcance el descanso sin fin.

ADICIÓN

Para complemento de esta obra añadiremos algunas noticias sobre la Santa, sus Libros y su Reforma.

GLORIA PÓSTUMA DE SANTA TERESA.—La fama de santidad que, apenas muerta la Mística Doctora, se extendió por doquier, y la multitud de milagros que obró, movieron a muchos Obispos, Capítulos Catedrales, Universidades, Príncipes y Reyes, a suplicar con instancia al Sumo Pontífice la colocara en los altares. Hechas las previas informaciones, Paulo V la beatificó a 24 de Abril de 1614. Obrando después nuevos milagros, Gregorio XV la decretó el honor de los Santos el 12 de Marzo de 1622.

Las Cortes españolas de 1617, considerando como un beneficio concedido por Dios a nuestra nación el haberla dado una Santa tan ilustre, y que por sus méritos e intercesión la había preservado de la herejía protestante, la proclamó Patrona de España, juntamente con el Apóstol Santiago. Este decreto se renovó en 1626, y últimamente en 1812.

La veneración a la Santa no es sólo de nuestra nación, sino que se halla extendida por todo el orbe católico, y esto de tal manera, que no hay Santa en la Iglesia que sea más conocida. Entre los Santos que la han venerado se han distinguido San Francisco de Sales, el cual decía que jamás se acordaba de ella sin que hiciera mucho provecho a su alma; San José de Calasanz que la veneraba como su especial Patrona, y San Alfonso de Ligorio que, entre otras muchas pruebas de su devoción hacia ella, encabezaba sus cartas con su nombre.

Las alabanzas que la han tributado los sabios exceden toda ponderación. Basta decir, que comunmente es considerada como la *mujer más grande y que más bien ha hecho a la humanidad después de la Santísima Virgen*. Por lo que ha dicho con mucha razón el Padre Fáber, que una eternidad no bastará a nuestra España para agradecer a Dios el beneficio de haberla dado una Santa tan grande.

Escritores distinguidos han ocupado su pluma en relatar sus hechos. Cada día se hacen nuevas investigaciones sobre su vida, para contar, si fuera posible, todos los latidos de su corazón. ¡Tanto interés tiene para todo el mundo cuanto hizo, dijo y pensó esta Santa incomparable!

SUS LIBROS.—Los libros de Santa Teresa son, juntamente con los de San Juan de la Cruz, lo más sublime y profundo que se ha escrito de la Mística Teología. Por eso apenas existe obra que sea universalmente más leída y estimada por los sabios. Se han traducido a

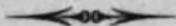
muchísimas lenguas, y las ediciones que se han hecho de ellos no tienen número. Las conversiones que han obrado en todo tiempo y los provechos que han causado en las almas dadas a la virtud, tampoco pueden reducirse a guarismo. Por esta razón, ningún libro debía ser más estimado para todo español que los de esta Santa, pues además de virtud y ciencia, aprendería también en ellos el hermoso habla castellano, porque, como ha dicho Fray Luis de León, en la forma del decir, y en la pureza, y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafectada que deleita en extremo, no es fácil encontrar escritor castellano que con la Santa se iguale. El número de estos libros no es sólo cinco, como dice el autor, sino once.

SU REFORMA.— *Espera, hija mía, y verás grandes cosas*, dijo Jesucristo a la Santa, refiriéndose a la Reforma que había de fundar, Estas palabras, como no podía ser por menos, han tenido su cumplimiento. La Orden de la Seráfica Doctora se extendió rápidamente por todo el orbe, y en todas partes ha producido y produce frutos de bendición. Los beneficios que ella ha prestado a la humanidad en todo sentido, llenarían muchos volúmenes si quisieran referirse.

Ha producido esta Orden benemérita, innumerables almas de rara santidad, entre las que se cuentan principalmente, los Beatos Dionisio y Redento, mártires; las Beatas María de la Encarnación, María de los Angeles y las dieciséis Mártires de Compiègne; los Venerables siervos y siervas de Dios, Juan de Jesús María, Domingo de Jesús María (Ruzola), Francisco del Niño Jesús, Francisco de Jesús Indigno, Agustín del Santísimo (religioso de nuestros días a quien se debe la fundación de la *adoración nocturna*), Ana de San Bartolomé, Ana de Jesús, María de Jesús, Teresa de San Agustín (hija de Luis XV de Francia), Teresa Margarita del Sagrado Corazón de Jesús, Adelaida de Santa Teresa y Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, flores hermosísimas del Carmelo que han embalsamado el mundo en nuestros días con el aroma de sus virtudes.

Ha producido también notables escritores en todos los ramos del saber humano, entre los que brillan principalmente Místicos, como Juan de Jesús María, Tomás de Jesús, José de Jesús María, Jerónimo de la Madre de Dios (Gracián), Felipe de la Santísima Trinidad, Antonio del Espíritu Santo, los dos José del Espíritu Santo, Teresa de Jesús María y Cecilia del Nacimiento; Teólogos como los Salmaticenses y Domingo de la Santísima Trinidad; literatos como Jerónimo de San José, María de San José y Gregoria Francisca de Santa Teresa; controversistas como Liberio de Jesús; historiadores como Francisco de Santa María (Véase el Padre Juan Mir (S. J.) en su obra *Frases de los autores clásicos*); y en fin (por no continuar esta lista demasiado), filólogos como Paulino de San Bartolomé.

Ha producido sobre todo un San Juan de la Cruz, cuya rara santidad, ciencia mística y poesía divina, son la admiración del mundo entero.



ÍNDICE ⁽¹⁾



Páginas.

APROBACIONES.....	V-VI
PRÓLOGO.....	IX

P A R T E P R I M E R A

CAPÍTULO PRIMERO.—Del nacimiento y muestras que dió de santidad en su niñez la Santa Virgen Teresa.....	3
CAPÍTULO II.—De los graves peligros de perderse en que se vió los primeros años de su vida.....	11
CAPÍTULO III.—De cómo la sacó el Señor de los peligros del mundo y la trajo a estado de Religión.....	18
CAPÍTULO IV.—Cómo Jesucristo Señor Nuestro se le apareció para que se determinase a servirle de veras.....	25
CAPÍTULO V.—De la rigurosa vida que comenzó a hacer esta bendita Virgen.....	32
CAPÍTULO VI.—De las grandes contradicciones del demonio y del mundo que padeció la Santa.....	36
CAPÍTULO VII.—Comunica la Santa las mercedes que la hace Dios con personas gravísimas en letras y espíritu para asegurarse.....	40
CAPÍTULO VIII.—Asegurada de su espíritu, recibe del Señor mayores mercedes.....	48
CAPÍTULO IX.—Conversa la Santa Virgen Teresa familiarmente con los Santos del cielo y despósala consigo Cristo Nuestro Señor.....	53
CAPÍTULO X.—Del maravilloso espíritu de profecía que Dios la comunicó.....	58

(1) En la obra no se numeró el capítulo VI, por lo cual desde allí continúa equivocada la numeración de capítulos.

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO XI.—Manda Dios a la Santa funde un Monasterio de vida austera y penitente.....	63
CAPÍTULO XII.—Da principio a la nueva reformación de Monjas Descalzas Carmelitas.....	68
CAPÍTULO XIII.—Del espíritu maravilloso de santidad que plantó en las almas de sus hijas la Madre y Virgen Teresa de Jesús.....	73
CAPÍTULO XIV.—De los muchos Conventos que fundó la Santa Madre y Virgen Teresa de Jesús.....	77
CAPÍTULO XV.—De algunas cosas notables que sucedieron en estas fundaciones y trabajos que la Santa padeció....	80
CAPÍTULO XVI.—De las cosas notables que sucedieron en la fundación del Convento de Salamanca.....	95
CAPÍTULO XVII.—De la notable y maravillosa fundación del Convento de Alba de Tormes.....	101
CAPÍTULO XVIII.—De las cosas notables que sucedieron a la Santa en el Monasterio de la Encarnación de Avila....	106
CAPÍTULO XIX.—De algunas cosas notables que sucedieron en la fundación del Convento de Segovia.....	116
CAPÍTULO XX.—De la fundación maravillosa del Convento de Beas y de cosas muy notables que en ella sucedieron.	122
CAPÍTULO XXI.—De los grandes trabajos que padeció la Santa en la fundación del Convento de Sevilla.....	131
CAPÍTULO XXII.—De algunas cosas notables que sucedieron en la fundación del Convento de Villanueva de la Jara...	140
CAPÍTULO XXIII.—De las grandes contradicciones y trabajos que padeció en la fundación del Monasterio de Burgos.....	147
CAPÍTULO XXIV.—De las leyes divinas que la Santa hizo para gobierno de sus Monasterios.....	153
CAPÍTULO XXV.—Cómo la Santa Virgen dió también principio a la nueva reformación de Padres Descalzos Carmelitas.....	159
CAPÍTULO XXVI.—Da fin la Santa Virgen Teresa a la fundación del primer Convento de los Padres Descalzos, con que levanta y reforma la Religión a sus primeros principios.....	166

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO XXVII.—De los libros que escribió la Santa llenos de admirable doctrina.....	173
CAPÍTULO XXVIII.—De su gloriosa muerte y de algunas señales que la precedieron y la acompañaron.....	180
CAPÍTULO XXIX.—De la causa maravillosa de la muerte de esta bendita Virgen y de su entierro.....	189
CAPÍTULO XXX.—Cómo al cabo de algún tiempo, desenterrando el santo cuerpo, fué hallado entero y llevado a Avila, y de allí restituido a Alba otra vez.....	194

P A R T E S E G U N D A

De los milagros y maravillas que Dios ha obrado por medio de la Santa Virgen Teresa.

CAPÍTULO PRIMERO.—De los singulares milagros que ha obrado el Señor por intercesión de la excelente Virgen Santa Teresa.....	205
CAPÍTULO II.—De algunos milagros que ha hecho la Santa en necesidades de almas.....	208
CAPÍTULO III.—De algunos milagros que ha hecho socorriendo a cada una de las tres potencias del alma: memoria, entendimiento y voluntad.....	216
CAPÍTULO IV.—De algunos milagros que ha hecho la Santa socorriendo a necesidades de cuerpos, y primero a enfermos desahuciados de vida y salud.....	224
CAPÍTULO V.—Cómo la Santa Virgen Teresa es remedio maravilloso contra las seis más graves y mortales enfermedades que conocen los médicos.....	229
CAPÍTULO VI.—De otros milagros maravillosos que ha hecho sanando dolientes de otras muy graves enfermedades....	240
CAPÍTULO VII.—Cómo ha sanado la Santa milagrosamente a enfermos de enfermedades diferentes de las dichas.....	253
CAPÍTULO VIII.—Cómo ha sanado otros gravísimos trabajos corporales y, en particular, los que se sujetan en la cabeza.....	263

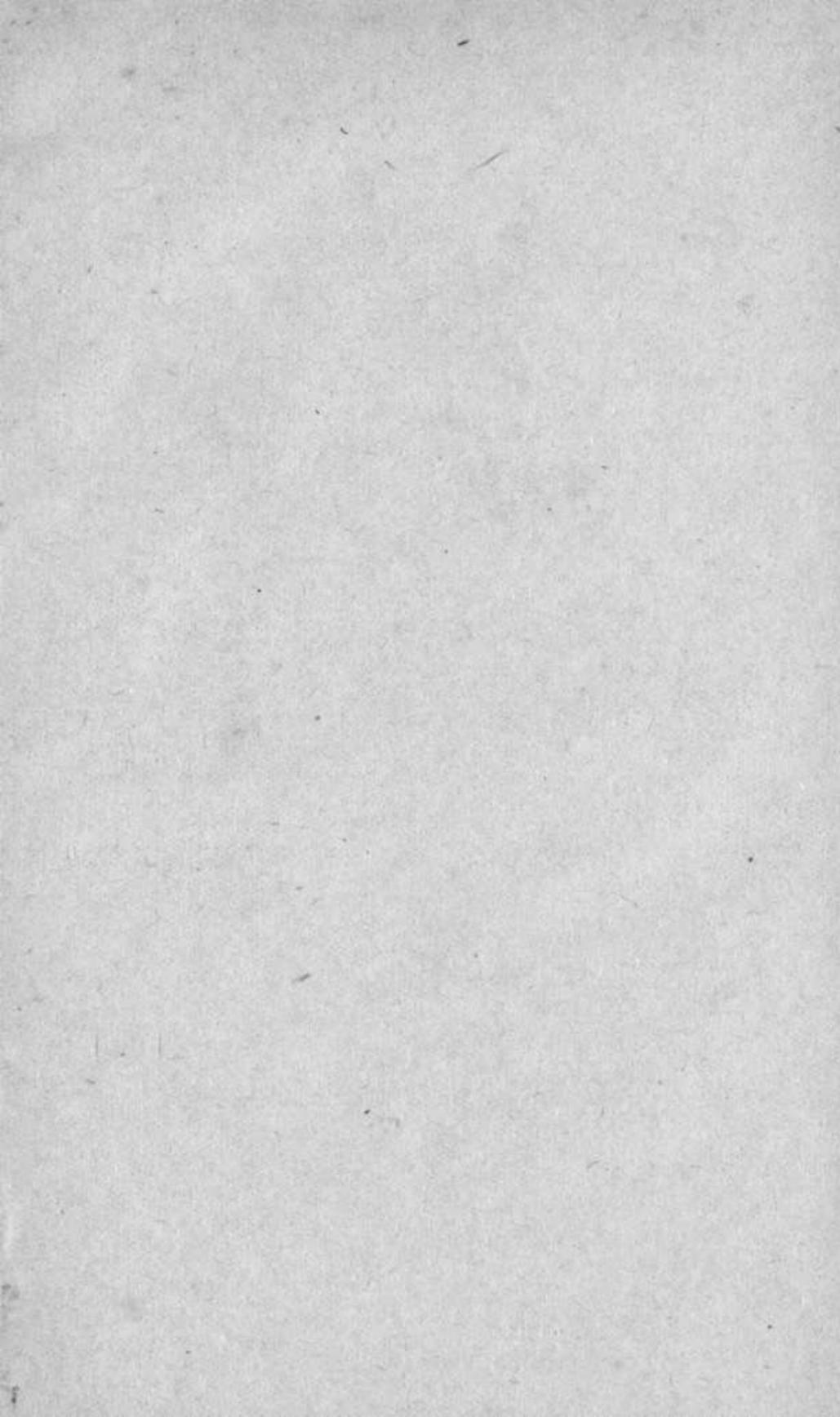
	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO IX.—De otros milagros que ha hecho sanando males de garganta, brazos y manos.....	277
CAPÍTULO X.—De algunos singulares milagros que ha hecho sanando males de pecho en hombres y mujeres.. .. .	282
CAPÍTULO XI.—Cómo socorre la Santa a males de corazón y otros graves males interiores de las entrañas.....	288
CAPÍTULO XII.—Cómo ha sanado todos los males de las demás partes del cuerpo humano hasta los pies.....	291
CAPÍTULO XIII.—De sucesos varios y necesidades generales de fuego, y agua, y tierra a que ha socorrido la Santa....	295
ADICIÓN.....	307



FE DE ERRATAS

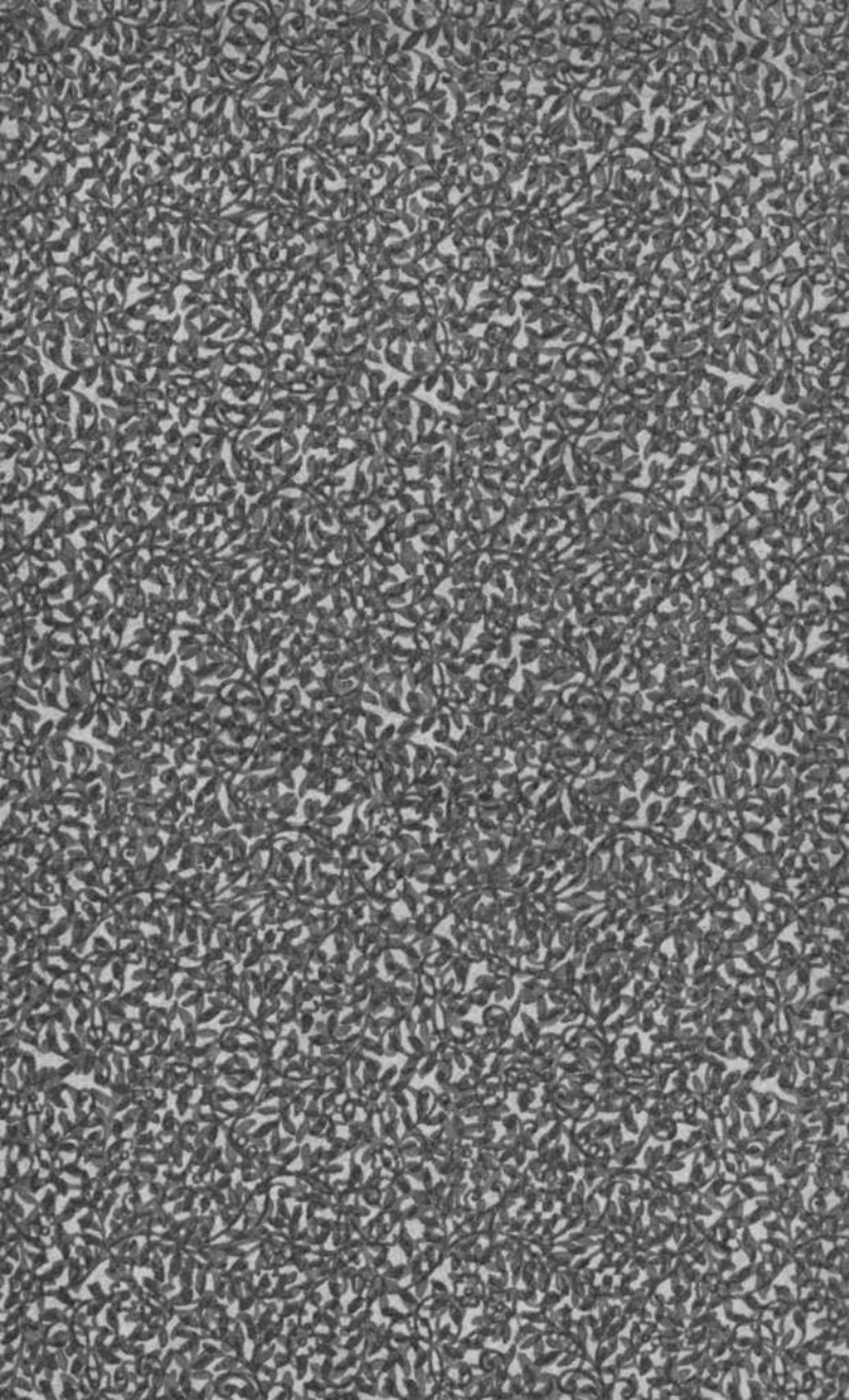
Pág.	Línea.	DICE	LÉASE
4	1	La ciudades	Las ciudades
9	29	de cuatro	de cuatro postes
17	6	pecados cometidos	por pecados cometidos
17		breve parangón	breve parergon
25	21	atraer así	atraer a sí
83	13	Sient qui envenit	Sicut qui invenit
118	31	Probado con testimonio	Probado lo cual con testimonio
130	5	año 1574	año 1575
134	13	a templar	a temblar
125	13	todo le renunció	todo lo renunció
133	1	si se habría	si se abría
133		al río abajo	el río abajo
141	16	bandericasen	banderizasen
144	22	y prematura	y estando pensativa
145	24	hizole así	hízolo así
147	20	y de su Religión. Les podían dar	y de su Religión les podían dar
148	12	a la descalfa de carmelitas	a la descalcez de Carmelitas
149	17	de fuerte	de suerte
154	8	remediarle	remediarse
156	17	tan precisas	tan preciosas
158	10	muy en comida	muy en conciencia
163	28	salió también	salió tan bien
164	7	sólo la bastaba	sólo ella bastaba
168	6	Comendador de Alhanaje	Comendador de Alaejos
169	9	el Fardón	el Tardón
172	4	afirma Bocio	afirma Bosio
174	9	Santa Gestrudis	Santa Gertrudis
176		no para que las vea, sino para que las estime	no para que no las vea, sino para que no las estime
177	24	hasta Moradas	hasta estas Moradas
177	32	como él escribió	como le escribió
243	1	letargo la tisis	letargo es la tisis











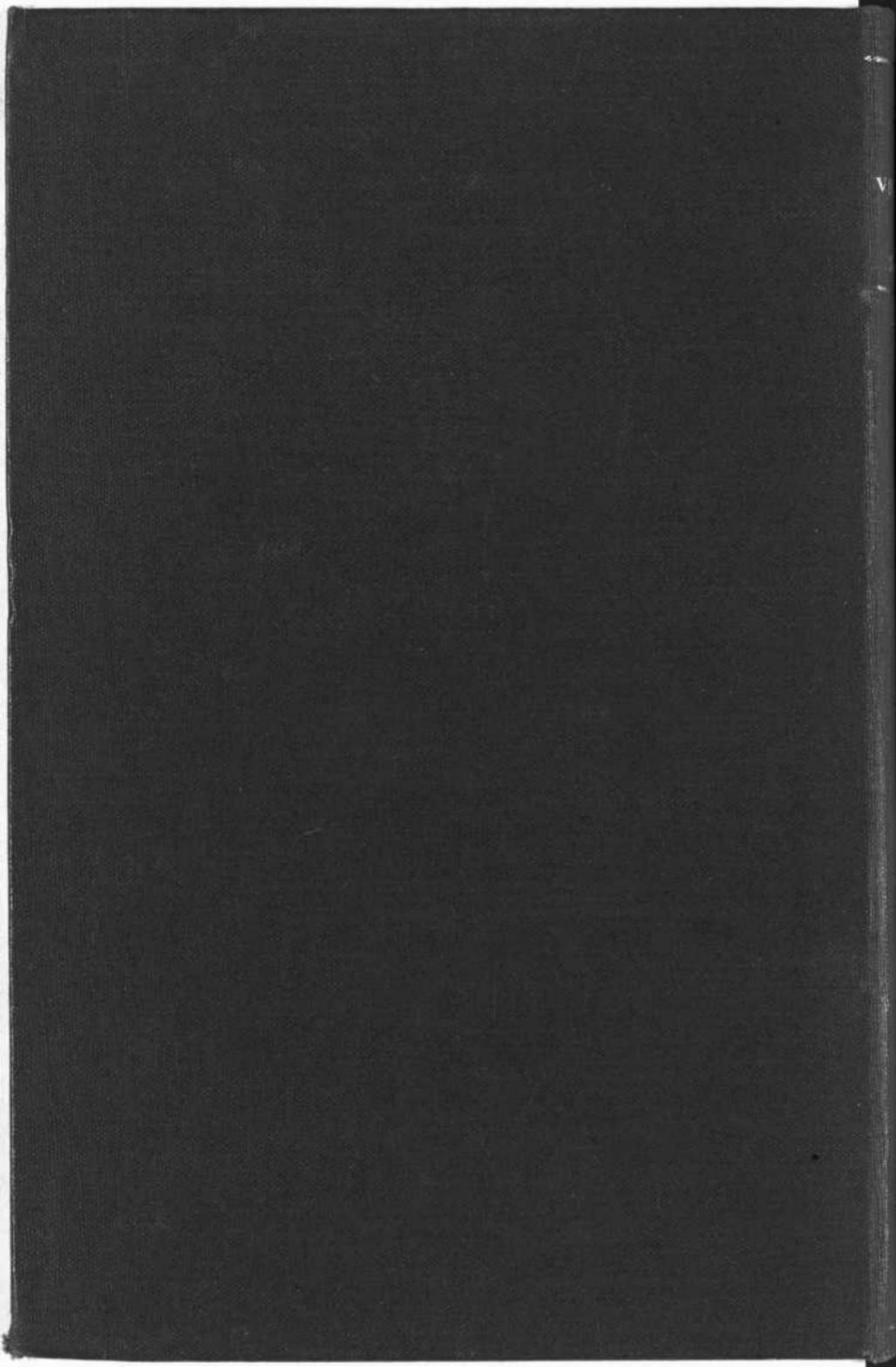
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa
de Jesús.

Número.....	505	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	3	Precio de adquisición.	»
Tabla.....	6	Valoración actual.....	»



ENCUENTRO

DE Y MILAGRO

DE

SANTA TERESA

505.